Desde la ausencia

Por Dolores Aleixandre

Me desplomo sobre una silla del tanatorio después de mirar por el cristal el rostro irreconocible de Mirentxu dentro de la caja y me pongo a llorar desconsolada. La noticia de su muerte ha sido un mazazo que no esperaba. Precisamente ella, que era un chorro de vitalidad, y de proyectos, y de sabiduría para disfrutar de la vida.

No hay derecho, pienso. Y me suben oleadas de rebeldía y de preguntas. ¿Por qué ella, por qué? No entiendo nada ni quiero entenderlo; es injusto y cruel e incomprensible y se me atascan las lágrimas en la garganta.

Aceptar su silencio, tan impotente como el nuestro y también sus lágrimas.

Va a haber una misa y siento, junto a la necesidad de rezar, una especie de bloqueo con Dios, una imposibilidad de dirigirme a El, porque en el fondo le estoy pidiendo cuentas de esta muerte incomprensible.

Las hermanas de Lázaro le mandaron este recado:-Señor, tu amigo está enfermo (...) El dijo: "-Nuestro amigo Lázaro está dormido; voy a despertarlo.(...) Al ver a María llorando y a los judíos que lo acompañaban llorando, Jesús se estremeció por dentro y dijo muy agitado: ¿Dónde lo habéis puesto?. Le dicen: -Señor, ven a ver. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: -¡Cuánto lo quería...!" (Jn 11,3.11.35). El cura no comenta nada y propone unos momentos de silencio.

Renunciar a las explicaciones, a los intentos de saber por qué, al lenguaje nefasto del "Dios lo ha permitido", "hay que aceptar su santísima voluntad..." Y expulsar a la calle, sin contemplaciones, a todos los que intenten profanar nuestro templo y ocupar con palabras huecas como globos hinchados, el espacio vacío de una ausencia que nos hace daño. **Porque ese dios con el que pretenden consolarnos no tiene nada que ver con el de Jesús.**

Y por eso, abrirle la puerta solamente a él, deshecho también por la muerte de su amigo Lázaro. A ese Jesús que también preguntaba "por qué", que se atrevió a decir que no quería morir y que gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? **Dejarle entrar, y sentarse junto nosotros, y llorar porque Mirentxu ya no está a nuestro lado y porque no está dormida sino muerta. Aceptar su silencio, tan impotente como el nuestro y también sus lágrimas.** Apoyar la cabeza sobre su hombro y hablarle de ella, y de cuánto la queríamos, y del hueco que nos deja.

Dejar que su presencia vaya dándonos seguridad y amansándonos la rebeldía, no el dolor. **Consentir que, tímidamente, se nos vaya encendiendo en medio de la oscuridad la llamita de una fe vacilante;** escuchar su voz que nos asegura que Mirentxu está en buenas manos. Pedir a Jesús que ponga la roca de su propia fe debajo de nuestros pies, que nos deje apoyarnos en la confianza inquebrantable que él tenía en aquél a quien llamaba Abba, Padre.

Quedamos con él y entre nosotros en que lo de Mirentxu no se va a acabar aquí: que vamos a seguir cuidando el tejido relacional que ella ha dejado a medias, y que cada uno va a encargarse de recordar a los otros que ella nos sigue animando en una tarea en la que queda mucho por hacer.

Son las 12 de la noche y cierran la sala donde estamos. Fuera ha descargado una tormenta y huele a asfalto mojado. Nos abrazamos fuerte y nos miramos sin decirnos más que "Hasta mañana". Pero cada uno de nosotros ha vuelto a encontrar, como tantas veces nos ocurría al estar junto a Mirentxu, **la certeza de que la muerte no tiene la última palabra y de que la Vida es siempre más fuerte.**